

REFERENCIAS LÚDICAS DEL ÁMBITO URBANO.

Diego Londoño García

Soñar es parte de las libertades que nos concede la palabra. El sueño puede ser un juego del subconsciente que esté amparado en situaciones del pasado, pero también puede ser una ilusión, una utopía o un deseo de convertir en realidad un imaginario.

Me he propuesto soñar a través de la palabra en la ilusión de creer que la cohesión de una comunidad urbana puede lograrse mediante la reconstrucción conceptual y física del espacio urbano colectivo: ¿será posible?, o ¿será simplemente una utopía? Eso sí, ¡es un sueño!

En la búsqueda de respuestas se me ocurre recurrir al sueño del pasado y a la pesadilla del presente, interpretando el término pesadilla como sueño no deseado, pero con trazas evidentes de ser parte de los sucesos cotidianos.

Para soñar en pretérito se necesita re-elaborar la vida en contextos urbanos de tamaño moderado donde el sentido comunitario tiene connotaciones de presencia; de otro lado, la pesadilla tiene vigencia en ciudades que viven su proceso de crecimiento y en aquellas que adquieren caracteres de metrópoli, en donde -al parecer- ese sentido de comunidad se va diluyendo progresivamente y tan solo se produce aglomeración, es decir, suma de individuos con intereses y objetivos particulares y disímiles.

Basta recordar simplemente la vida de barriada, en la ciudad que conocimos hace 30 ó 35 años, para no ir mas lejos; allí la **calle** era un lugar de intercambio, era un recinto colectivo del vecindario. En la calle se daba el contacto cotidiano de los residentes del sector,

era el lugar del saludo informal -pero cercano- entre los miembros de una pequeña comunidad. Las viviendas y algunas actividades productivas se volcaban a ella sin atropellarla, allí convivían el lugar de residencia, la peluquería, el almacén de confecciones, la sastrería, la cacharrería o miscelánea, la carnicería, la zapatería, la carpintería y, obviamente la tienda -generalmente de esquina- con todas sus ofertas: Venta de carbón, de petróleo, y música pretecnocarrilera de Julio Jaramillo, el Caballero Gaucho, Olimpo Cárdenas, Daniel Santos y otros cuantos cuyos nombres ya escapan a la memoria del mundo actual. Sin embargo, algunas de estas manifestaciones aún sobreviven en algunos lugares de nuestra geografía, hallamos referencias similares en belén de Umbría, Guática, Quinchía o Pueblo Rico -para referirme a nuestro departamento- o en Génova, Córdoba, Pijao, Neira, Salamina, Aranzazu, Obando, Zarzal o el Águila, para ejemplarizar algunos municipios de los departamentos vecinos del Quindío, Caldas y Valle del Cauca.

En estos ámbitos la **esquina** de la “cuadra” -término utilizado en nuestra región para definir el concepto calle- adquirió una significación especial, porque además de contener una actividad específica (tienda, regularmente), se convertía en un sitio aglutinador, en un “nodo urbano” -usando unos vocablos contemporáneos- y a la vez en hito o referente físico de la comunidad. Esta tienda era el lugar de encuentro de los jóvenes para construir sus imaginarios lúdicos, en este lugar se congregaban las “barras” de amigos y, de allí se desplazaban a espacios de mayor jerarquía -como el parque del barrio, el atrio de la Iglesia o a una cuadra especial- actuando en su entorno físico, mediados por un concepto de intercambio (recreativo o cultural), con otra barra del mismo barrio o de uno vecino.

La esquina, o la tienda asociada a ella, era también el sitio preferido para el debate trascendental o efímero de los “mayores” de la cuadra, al fin y al cabo, el espacio lúdico del sastre, el carpintero, el carbonero o el oficinista, para encontrarse alre-

dedor de temas relacionados con la política, la música, el deporte o los problemas de su sector.

Ese mismo sitio tenía una relación inmediata con la economía del hogar, pues a través del crédito se construía una red entre las familias y el tendero del barrio; era como el soporte bancario para atender las necesidades de consumo cotidiano, utilizando el fiado de las tres pastillas de chocolate, el “mejoral”, la cuartilla de maíz, el paquete del popular “pielroja” o la librita de sal, elementos necesarios y -al parecer- suficientes para la vida de entonces.

Hoy día la situación es bien distinta, los espacios de la ciudad ya no poseen el mis-

mo sabor. En los barrios las calles no siempre significan encuentro, por el contrario, son lugares inseguros porque están vacías, sin gente, porque las viviendas han dejado de ser parte de ella, ...mucho más sus habitantes. Hoy los pobladores de una calle no se conocen, la manzana es un conjunto de familias apiñadas que comparten un territorio delimitado por vías, sin embargo, son forasteros, seres extraños que por esta condición no conocen su propio asentamiento.

“Existe una tendencia a nominalizar los espacios y recintos urbanos de acuerdo con su proximidad a la vivienda de parientes y amigos o de personas que por alguna razón han alcanzado un determinado

renombre y presencia al interior del conglomerado social del barrio. Normalmente son líderes populares, pero no siempre la connotación es política; está mucho más relacionada con el rol que juegan o jugaron ciertos y determinados personajes dentro de la historia y el desarrollo seguido por el asentamiento en su configuración: Es la casa de los Amayas o la calle donde vivía “el pájaro” o es cerca del “pobre Luis” o, en última instancia, “es la casa tuya, hombre, Fulano”, refiriéndose al vecino en el espectáculo”, como nos lo cuenta Fernando Viviescas M. en su libro URBANIZACION Y CIUDAD EN COLOMBIA, al referirnos su propia experiencia en el barrio Popular de Medellín, durante

la investigación "LA CALIDAD ESPACIAL URBANA EN LOS BARRIOS PARA SECTORES DE BAJOS INGRESOS EN MEDELLIN".

He allí la paradoja de la metrópoli actual, a medida que el territorio urbano crece, la ciudad se segrega, se delimita y "deforma" en espacios de menor tamaño que únicamente reflejan, en menor escala, la anemia del conjunto establecido por la suma de partes. Es decir, a medida que crece la urbe, el espacio vital se reduce, se privatiza y se segmenta la ciudad.

Los conjuntos cerrados, las unidades habitacionales y las agrupaciones residenciales no son otra cosa que pedazos de ciudad convertidos en espacios privados, de carácter individualista, excluyente, donde se establecen diferencias que estratifican y limitan su disfrute a unos, muchos o, en el más común de los casos, a unos pocos que pueden pagar la exclusividad de estar allí.

Obviamente la disculpa es la inseguridad, es la incapacidad

de compartir, es el temor al desconocido, pero es también el temor a conocerlo. En resumen es causa y efecto, las manifestaciones violentas de la ciudad actual generan inseguridad, pero simultáneamente, la negación y el rechazo -manifestadas a través de las murallas de acero o de setos vivos (léase rejas de alambre o barreras de limoncillo)- son tanto o más violentas, niegan el acceso, impiden la convivencia, restringen la comunicación, dividen y limitan el intercambio social.

En consecuencia, la calle es solo el túnel (paramentado por rejas metálicas, murallas de ladrillo a la vista, mallas tipo gallinero o, en el caso menos grave, el verde del swinglia) por donde fluye -cuando puede -el tráfico vehicular; no es el ámbito de encuentro, es el lugar de

huida, es un sitio ajeno al vecindario, es un lugar de choque, lleno de barreras y obstáculos, sin control visual por parte de la comunidad, con paramentos impermeables para la gente y, por lo tanto, peligrosa, solitaria, generadora de anonimato.

En otros casos, especialmente en los centros de las ciudades, se encuentra invadida, imposibilita el tránsito sereno o ágil del ser humano, se torna laberíntica, ruidosa e insegura; definitivamente, tampoco es un lugar de encuentro, sólo cumple una función -la circulación- y se diría que a lo sumo intenta cumplirla. No se trata de la calle del sastre o del carpintero del ayer, es la calle del raponazo; tampoco es la calle de la serenata al ser amado, es la calle del fastidioso "payaso" que anuncia -con megáfono en boca- un par de medias en promoción, o aquel que empuja al cliente potencial a la acera de enfrente con sus alaridos estridentes y agresivos; mucho menos será la calle de los juegos infantiles, pues aquellos jóvenes venidos a más, circularán por ella en sus flamantes ruidos veloces de dos o

cuatro ruedas, y de cien o más centímetros de cilindrada, dejando su rastro en los golpeados tímpanos de los sobrevivientes de la ciudad de hoy.

La **esquina**, para evocar un espacio común a la juventud del ayer, perdió su significado, se transforma en lugar de explotación, en el sitio donde finalmente se vende el cuerpo y la razón de nuestra ciudad consumista. En la esquina de hoy se comercia con todo. Agua jabonosa, caricias de espuma y caucho para el auto, bloqueador solar de parabrisas y pilas depresivas para empeorar el estado de ánimo; y se pierde aún más: El reloj de pared que llevaba el conductor en el baúl, el último dígito de la placa, el lapicero del chofer, la noción del espacio y hasta el buen genio. En las esquinas actuales luchan simultáneamente varios exponentes de la tecnología del siglo XX, por un espacio que perteneció al hombre; así vemos en franca lid por este lugar al teléfono público, invariablemente descompuesto; al recipiente de basuras, generalmente sin fondo; a la luminaria, regularmente

incandescente e inservible; al semáforo, insensible a los colores y, al puesto de dulces decorado con carteles edílicos que simbolizan protección y amparo para su dueño.

El **parque** del barrio también tenía sus significados, dependiendo del grupo étnico que lo utilizara. Para los jóvenes era el lugar de encuentro recreativo o el sitio para iniciar un idilio amoroso; para los niños, el espacio vital en sus rondas y juegos infantiles, los cuales giraban en torno a la lleva, las escondidas, el ula - ula o alrededor de la (guerra libertadora) o fantasía de policías y ladrones, en donde invariablemente siempre ganaban los buenos; para los adultos, era el sitio de descanso en compañía de (su prole) y a la vez el sitio de diálogo amigable con sus vecinos; para los ancianos y jubilados, el nudo que los mantenía unidos a la vida ciudadana, el lugar que los mantenía vigentes social y funcionalmente, porque hasta en labores de jardinería se les aceptaba como (parqueros) o en su quehacer cotidiano actuaban como protectores o vigilantes de

este espacio de convivencia comunitaria.

La plaza principal del pueblo era un espacio con otra jerarquía, el lugar de encuentro con la ciudad, con un ámbito social ampliado; allí las referencias tenían mayor altura, por expresarlo de algún modo. En este lugar se realizaba el mercado, era el escenario de convivencia campo - ciudad, a él estaban ligados el cine, la iglesia principal, las oficinas del correo, la telefónica y la administración pública, también el café del pueblo, el banco y la botica de la localidad, donde atendía el médico, que igual que el cura cumplía funciones de consejero de la comunidad. Lúdicamente era el lugar de las procesiones y desfiles, asiento temporal de (yerbateros), magos, ilusionistas, fotógrafos, culebreros y demás artistas ambulantes de domingos y festivos quienes luchaban por ganarse prestigio y reconocimiento en la comarca.

El parque, antaño símbolo del barrio, es hoy -cuando existe en él- un lugar cuyo uso está condicionado por el tiempo, puesto que en la

noche deja de ser aglutinador para convertirse en desolador; es un sitio sin ámbitos y sin gente, por lo tanto sin dolientes; quizá haya sido lugar de desahogo -expresado en hechos vandálicos- de muchas frustraciones de los habitantes de la ciudad. El parque no tiene ámbitos porque carece de senderos, sus prados no son mantenidos, sus árboles han sido abandonados y se debaten entre la vida y la muerte, sus muebles y juegos culminaron su vida útil, pero tampoco se les ha dado digna sepultura. Al parque actual le sobra la oscuridad, le faltan dolientes, los niños y ancianos -principales animadores y vigilantes- han desaparecido de su entorno.

El parque de hoy sólo existe en los conjuntos habitacionales, se ha privatizado, ha adquirido un carácter exclusivista y se niega a ser parte activa de esa ciudad que se viene conformando por sucesivas adiciones de territorios privatizados y volcados hacia adentro, múltiples territorios aislados. No es el lugar lúdico donde los niños saltan, donde los adolescentes compiten con los trompos y yo-yos (made in)

la carpintería de la cuadra, o con canicas adquiridas en (el centavo menos), tienda esquinera típica de nuestros pueblos, donde luce esplendoroso un aviso que expresa: (hoy no fío, vuelva mañana).

La plaza también ha perdido mucho de su encanto, en la mayoría de nuestras ciudades se halla invadida de puestos de venta estacionarios o convertida en templo del intercambio consumista de nuestra sociedad actual; en todo caso ha dejado de ser el lugar cívico por excelencia para convertirse en sitio para actividades más grotescas.

El hecho es que estamos haciendo frente a una contradicción mayúscula, pues a medida que la ciudad crece, se llena de habitantes y se diversifican sus actividades, el espacio para el goce del hombre se reduce; es una ciudad que se cierra, se delimita social y espacialmente, se privatizan no sólo las pertenencias individuales sino aquellas que, en la ciudad abierta y amable del pasado, pertenecían a la comunidad -vale decir- al conjunto de sus pobladores.

La ciudad de entonces era

pequeña pero amplia; la de hoy es grande pero limitada, es una ciudad sin referentes; la de ayer poseía límites, pero eran virtuales, determinados por la costumbre o el uso condicionado que le confería el tiempo o la época, hoy los límites son físicos, se convierten en obstáculos. Antaño la ciudad estaba amojonada por significados (existía una referencia espacial pero afísica), hoy lo está por murallas y barreras que impiden el contacto de las gentes. Antes se daba de manera espontánea la integración social, hoy se produce en forma obligada la segregación de esa sociedad.

En la ciudad de hoy ese lugar de intercambio quizá permanece en cortos espacios temporales, a lo sumo en el contacto casual que se produce entre vecinos durante su tránsito al trabajo en un medio colectivo de transporte; a través de una conversación entrecortada por las interferencias del rap, el rock, el vallenato o la radionovela que emana de la cabina del conductor, normalmente a decibeles que obligan un diálogo estructurado con base en el grito.

Esos viajes cotidianos se convierten en tortura, no permiten disfrutar la ciudad que se recorre, porque la vía no posibilita una relación visual, los paramentos están sellados al observador, la arquitectura se ha disfrazado de anuncios publicitarios o carteles de aspiraciones políticas; entonces el entorno más próximo al ser humano se torna agresivo.

Estamos viviendo en una ciudad sin idea de conjunto, es una ciudad que se construye mediante la suma de ámbitos, es la adición de partes, asimilable a las góndolas de un hipermercado -para referenciarla con sus orígenes capitalistas- donde el objetivo es fluir, circular, recibir el impacto del anuncio o del objeto, elegir y tomar aquello que nos brinde alguna satisfacción personal pasajera, sin preocuparnos del entorno, de los conciudadanos, ni siquiera del espacio que legaremos a nuestros descendientes. Es la ciudad de la agresión, formada por las pandillas juveniles y las milicias urbanas para defender su territorio (idea de privatización espacial), no se trata de aquello de las barras y los

equipos que se convertían en grupos de apoyo para sus congéneres.

La recreación y la actividad lúdica en la ciudad de hoy se han construido en espacios reducidos: En las áreas residuales de los conjuntos residenciales, con intercambio limitado; en los recintos cerrados de los centros comerciales a través de tecno-juegos orientados a satisfacer al individuo con expectativas consumistas y restringiendo su capacidad de creación e inventiva al propiciarle paquetes de juegos prediseñados y rutinarios.

En conclusión, la contradicción de la ciudad actual se hace más evidente en un mundo que supuestamente tiende a la apertura, a la globalización económica y, en el cual han ido cediendo paulatinamente algunas murallas (la de Berlín, quizá la más representativa) y los límites físicos.

Quizá estemos construyendo anti-ciudad, estemos cerrando nuestros contextos de goce y destruyendo nuestra vida colectiva. El reto para planificadores, urbanistas y para los ciudadanos

es el de RE-PENSAR, RE-CREAR nuestras ciudades. Un camino, una perspectiva posible en un futuro será abrir los horizontes del ámbito urbano a través de la lúdica propia del ser humano.

Para la Universidad Católica Popular del Risaralda y para todos los comprometidos con ella, este reto se nos deberá convertir en una obligación, debe ser parte de nuestros anhelos y propósito del quehacer cotidiano de administradores, docentes y estudiantes. La educación debe ser el motor de esa lúdica que deberá llevarnos a la plenitud en el disfrute de nuestro entorno.

Que distinta sería Pereira si no le diéramos la espalda a los ríos y quebradas, si los involucráramos al contexto espacial de la urbe, si formarían parte vital de la ciudad, si al planificar los barrios y las agrupaciones residenciales los tuviésemos en cuenta, si las actividades comerciales, cívicas, deportivas y recreativas estuvieran ligadas a ellos (Otún y Consota) y a ellas (La Dulcera, la Arenosa, el Oso, Condina o letras). Hoy estos recursos

hídricos son colectores de desechos, están contaminados, cumplen un papel secundario y degradante; el sueño posible será rescatarlos como fuente de vida, convertirlos en patrimonio del futuro, en venas por donde circule el torrente lúdico de los habitantes de la ciudad. He allí el reto para la imaginación, el potencial para autoridades, constructores, urbanistas y, en general, para los ciudadanos.

Nuestro paisaje urbano tendría mayores atractivos si en las riberas del Otún y del Consota, para mencionar solo los ríos más importantes de la geografía urbana, existiera un parque lineal o un malecón que respaldara físicamente los cauces de agua y brindara espacios de recreación a la ciudadanía, un espacio lineal para la contemplación y para ser recorrido peatonalmente o en vehículos livianos (bicicletas, triciclos, patines, patinetas, etc.), un espacio abierto que hiciera que las viviendas circunvecinas se volcaran visualmente hacia él, un espacio que generara nodos urbanos en su entorno, un espacio vivo y dinámico que permitiera una

mayor convivencia ciudadana en distintas épocas del año: En las procesiones de semana santa, los aniversarios de la ciudad, en las efemérides de la independencia nacional, las celebraciones navideñas y de fin de año, o durante los domingos y festivos en los programas de recreación masiva que transforman ocasionalmente las vías vehiculares en ciclo-vías.

Que agradable poder estructurar espacios lúdicos en los taludes que separan dos o más urbanizaciones, para que a través de ellos se integren las diferentes comunidades y se generen recorridos que unan los espacios públicos de esas mismas agrupaciones de vivienda; se trata de tejer esa malla verde que permita estructurar ambientalmente la ciudad, es una labor de filigrana en los "acabados" de la urbe, es el toque particular de una ciudad que podría hasta llegar a reformular su nomenclatura urbana, diseñando la calle del carbonero o de la acacia, del guayacán o el gualanday, de las rosas o las azucenas, mediante un trabajo que permitiera incorporar a los recorridos

un encanto de color y aromas extractado de nuestra propia flora.

Adicionalmente, podríamos valorar los cerros tutelares del Nudo, Canceles o el Mirador, para ascender a ellos desde el Otún, la Dulcera o la Arenosa en una perspectiva física y visual que nos mantenga ligados al medio circundante.

Las inversiones requeridas para el logro de estos propósitos no deben ser cuantiosas, más bien necesitan de un gran aporte individual en compromiso, y de esfuerzos para crear imaginarios personales o -mejor aún- colectivos, que permitan -a través de las ilusiones- convertir en realidad el sueño de ciudad que tenemos en el horizonte.

Habré soñado con una realidad posible? o con la utopía?... Por lo menos, hasta ahora he soñado, ese sueño ya forma parte de mi propio imaginario, es la ilusión que he querido compartir en estas líneas. ■